tudiados con excesiva brevedad. Esta desproporción iba envuelta en la naturaleza misma del libro.

En algunas ocasiones —en realidad, muy pocas—, queda en el aire, por razones de índole práctica, alguna cuestión discutible. En la página 38 leemos: "En este sentido, el modernismo coincidió con la generación del '98, a pesar de que los modernistas de América eran, en general, indiferentes a la política y se preocupaban muy poco por cuestiones sociales". Aquí se ha soslayado un asunto sobre el cual ha dado su opinión Guillermo Díaz-Plaja. Es de imaginar que el autor del libro que reseñamos rehusó entrar en un debate que podía alejarle demasiado del plan que se había propuesto.

El libro del señor Fogelquist merece un franco aplauso. No cabe duda de que será muy provechoso a cuantos se dedican al estudio de las letras hispanoamericanas.

E. NEALE-SILVA

University of Wisconsin

MONGUIÓ, LUIS. *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*. Madrid: Editorial Castalia. Biblioteca de Erudición y Crítica, IX, 1968.

El autor de este libro, que es profesor de la Universidad de Berkeley, California, presenta en estas páginas una investigación exhaustiva sobre la personalidad y actividades literarias y políticas de don José Joaquín de Mora (1783-1864), literato, pedagogo y político español que anduvo por tierras de Sudamérica en las primeras décadas del siglo pasado.

Monguió es un excelente investigador. Hace ya bastante tiempo que se ha dedicado a estudiar, con el mayor éxito, algunos personajes y temas relacionados con el Perú y ha publicado, en el curso de los últimos años un magnífico estudio sobre César Vallejo; otro sobre Enrique Garcés, un poeta portugués que estuvo en el Perú durante el siglo XVII y, en 1954 apareció su libro de crítica sobre la poesía peruana en los últimos cincuenta años, con el título de *La poesía postmodernista peruana*. Este ciclo de estudios peruanistas, se aumenta con el libro que comento en estas páginas.

En ocho capítulos Monguió traza la biografía de Mora, relatando hasta los más mínimos incidentes de su vida. Siendo de ideología liberal, Mora decidió expatriarse de su nativa España, al restablecer Fernando VII el absolutismo. Se dirigió a Inglaterra y de allí pasó a América del Sur, en donde tuvo importante actuación tanto en la cultura como en la política en Argentina, Chile, Bolivia y el Perú.

Los capítulos se titulan: I. Mora y el Perú antes de 1831.—II. En Lima, 1831-1834: Bellas Letras.—III. En Lima, 1831-1834: Educación.—IV. En Lima, 1831-1834: Política.—V. Al servicio de Santa Cruz, 1834-1838: Educación y Bellas Letras.—VI. Al servicio de Santa Cruz, 1834-1838: Política.—VII. Agente de Santa Cruz en Europa, 1838-1847; La expedición Floreana, 1846-1847.—VIII. En el recuerdo. Anejos.—Bibliografía. Indices.

Mora no sólo fue un literato y poeta, sino también un artero educador de su época. En este libro el autor se refiere sólo tangencialmente a la actuación de Mora en Argentina y Chile, ahondando en sus actividades pedagógicas y literarias en la ciudad de Lima, cuando sólo hacía siete años de haberse consumado la Independencia y no estaban aún sólidamente asentadas las bases ciudadanas del Perú independiente. La labor que por entonces llevó a cabo en la capital del antiguo Virreinato fue sumamente proficua.

Al llegar a América, procedente de Londres, Mora se relacionó en la Argentina con Rivadavia. De allí pasó a Chile, en donde apoyó al Presidente Pinto. Expulsado de ese país a causa de sus actividades políticas, por el conservador Portales, llegó al Perú en marzo de 1831. Muy bien recibido por todos, inició su vida de literato, periodista y polemista. Su esposa fundó un colegio para señoritas que fue muy concurrido y Mora, a su vez, recibió alumnos en su propia casa, después de haber fracasado el intento de fundar un Ateneo del Perú, para dirigir el cual fue invitado el propio Mora. Entre sus alumnos estuvo el hijo del Presidente del Perú, Orbegoso. Mora dictaba un curso de Derecho Natural y de Gentes y luego otra de Derecho Romano.

En esta meritísima investigación, Monguió ha consultado cuanta publicación de la época encontró en Lima y en las demás bibliotecas que visitó, así como la correspondencia publicada e inédita de Mora, de manera que proporciona un cuadro completo de la vida intelectual en la ciudad de Lima de entonces. Gran admirador de las letras inglesas, Mora trató de propagar en América esa admiración y combatir la influencia francesa. Introdujo en el Perú y Bolivia las ideas filosóficas escocesas del "sentido común". Inspirado en *Don Juan* de Byron, compuso un poema en octavas reales que lleva el mismo título y que, tiempos después de su salida del Perú, apareció en 1840 en *El Comercio* de Lima. Aparecieron 101 octavas reales, pero no el resto, aunque el poema estaba ya terminado. Hay que señalar aquí que, la famosa obra teatral de Zorrilla *Don Juan Tenorio*, que se empezó a representar por primera vez en México, sólo lo fue en 1844, lo que prueba que Mora precedió en algunos años a Zorrilla con su poema. En la nota de la p. 303, Monguió cita una carta de Mora, en la cual dice, en enero de 1837, que su poema estaba ya muy adelantado. Así, pues, el prestigio literario y docente de Mora en el Perú, a pesar de su ausencia y de su impopularidad política en ciertos círculos por su adhesión incondicional al Mariscal Santa Cruz, había permanecido intacto.

Ahora bien. El prestigio y la fama de Mora en los países sudamericanos en que actuó se apoyaba en su cultura y su elevada inteligencia. Pero, según veremos más adelante, no comprendió la situación que privaba en nuestros países recién emancipados e intervino en la política local con gran desatino. Monguió es un guía utilísimo para esta clase de actividades políticas de su biografiado y nos dice en el capítulo VI: "No me corresponde hacer la historia de estos acontecimientos, pero sí debo consignar lo que he hallado respecto a la activísima participación de Mora en la política perú-boliviana de este período. Tal participación es mencionada por los historiadores; pero no ha sido descrita con el detalle y la continuidad que, por mi específico interés en este personaje y en su obra, me es posible hacerlo en las páginas que siguen..."

En efecto, Mora se desilusionó de los políticos a quienes trató en Argentina, Chile y el Perú y se sintió atraído y sugestionado por el Mariscal Andrés de San-

ta Cruz. Era éste un mestizo nacido en Bolivia, hijo de un militar español y de la Cacica de Huarina. Se había educado en la Universidad de San Antonio Abad, en el Cusco. No se trataba de una figura prominente durante la Guerra de Independencia, pues se había adherido a última hora a las huestes de Bolívar, logrando el aprecio de éste. El Perú, generosamente, le concedió la ciudadanía peruana y el rango de Gran Mariscal del Ejército Peruano. En esta calidad de peruano llegó a ser Presidente del Consejo de Gobierno que reemplazó al Libertador cuando éste se alejó del Perú, hacia 1827. Elegido Presidente de Bolivia, se distinguió por su buena administración, durante todo el tiempo que gobernó su país. En esta forma Bolivia ofrecía un cuadro de tranquilidad y orden, diferente al desorden y rivalidades que reinaban en las repúblicas recién emancipadas. Fue sin duda esta organización impuesta en Bolivia por Santa Cruz la que sedujo a Mora, sin comprender que la situación del Perú era por completo diferente y que cometía un error al pretender algo imposible: el dominio personal de un boliviano sobre el antiguo Virreinato del Perú, al establecer la Confederación Perú-Boliviana, al estilo boliviano, dividiendo el territorio peruano y anarquizando a los peruanos.

Quienes han estudiado superficialmente este curioso engendro santa-crucino dicen llanamente que se trataba del "Tahuantinsuyo resurrecto". Afirman que era una concepción genial y sobre-estiman la figura de Santa Cruz. Pero, si examinamos algo más que la superficie y dejamos de lado las frases hechas acerca de esta hechiza Confederación, podemos ver claramente el deseo ambicioso del Mariscal de destruir por completo al Perú, en beneficio de Bolivia, deseo que empezó a germinar en su mente desde 1829. Dentro de su "Confederación", Bolivia con un territorio que por entonces era mayor que el del Perú y posiblemente con una población indígena mayor, permanecía intocada. En cambio, el Perú se dividió en dos estados totalmente independientes. Los países de América que por entonces habían elegido el régimen federal, como los Estados Unidos, eligieron a un solo Presidente, que fue Washington, tenían una sola bandera, una capital, una sola moneda, una sola Constitución Federal. En México, a la caída de Iturbide y establecerse la República ocurrió lo mismo: un solo Presidente que fue Guadalupe Victoria, una sola bandera —la creada por Iturbide— una sola moneda —una sola capital, México— y su Constitución Federal. En la Confederación Argentina ocurrió lo mismo y hasta al desvincularse los centroamericanos del Imperio de Iturbide formaron la República Federal del Centro de América, con las mismas características. En cambio en la Confederación ideada por Santa Cruz tenía éste el determinado propósito de que todo el sur del Perú quedase con el tiempo anexado a Bolivia: los departamentos del sur del Perú constituyeron la "República Sur-Peruana", con un Presidente —una capital, el Cusco—, una bandera, una moneda y un Congreso propios. El "Estado Nor-Peruano", asimismo, tenía un Presidente, una bandera —una capital, Lima—, una moneda y un Congreso diferentes. En cambio Bolivia permaneció intocada. Si, por desgracia para el Perú, esa Confederación a la boliviana, de la que Santa Cruz se autotituló "Protector", hubiese subsistido a través del tiempo, el Perú de hoy no existiría. El sur, de acuerdo con los oscuros propósitos de Santa Cruz habría sido anexado a Bolivia. Y el Estado Nor-Peruano habría corrido una tremenda suerte de debilidad, pobreza y sabe Dios cuántas otras asechanzas.

Este cuadro que aquí presento puede ser corroborado con un estudio del escritor boliviano Tristán Maroff (seud. de Gustavo Navarro) quien en un número reciente del *Journal of Inter-American Studies* (Miami, enero 1968) estudia la Confederación y la figura de Santa Cruz y dice textualmente: "También le censuran (a Santa Cruz) el no haber aceptado dos veces la incorporación de Moquegua, de Arica y de Arequipa que se sentían ligados a la patria altiplánica por vínculos familiares, por su activo comercio y por su geografía. El sur del Perú no tenía nada que ver con la política de Lima ni con su altivo menosprecio a los serranos..." Era lo que Santa Cruz y sus partidarios pensaban por entonces.

Por supuesto que Mora no pudo prever nada de esto. En su calidad de secretario particular del Mariscal y subyugado por su personalidad, lo ayudó en este maquiavélico plan antiperuano que sumió al Perú de esos años en la división, la sangre y las lágrimas y el fusilamiento de patriotas como Salaverry, Fernandini y otros jefes peruanos que combatían las ambiciones santacrucinas.

Toda esta etapa está magníficamente documentada en este libro en forma tan objetiva que permite observarse toda la trama. Santa Cruz señaló una vez en un mapa la línea del Apurímac y afirmó que hasta allí debía llegar su poderío. Mora, lo rebatió, pues la idea de este último era incorporar el norte del Perú a su idea de Confederación, diciéndole: "O todo o nada".

La batalla de Yungay (20 enero 1839) puso fin a esta hechiza Confederación y a los sueños "protectores" y de ambición personal de Santa Cruz. Mora, desde meses antes había partido hacia Europa como agente y representante del Mariscal ante el gobierno británico y desde allí continuó sirviendo las ambiciones de su jefe. Pero con su increíble desconocimiento de las realidades americanas, siguió haciendo mala política y defendió, nada menos que la Expedición Floreana, proyectada por el general ecuatoriano Juan José Flores, quien pretendía establecer una monarquía en el Ecuador, otra en el Perú y una tercera en Bolivia, bajo la égida de un príncipe español. Mora fue partidario y propugnador de esta nueva y fracasada invención.

Monguió lo juzga así al final de su estudio: "Resulta así Mora por esos años un hombre con ideales de doble filo, que no dejaron de producirle disgustos en la realidad de la vida... Algo de eso y aún más había sido él o había hecho él o le había ocurrido a él en el Perú y en la Confederación Perú-Boliviana y en otros lugares y otros momentos de su vida; pero no por las razones ni con los resultados que él hubiera querido —por demasiado avanzado unas veces para los países y la hora en que le tocó vivir, por su desilusión ante los obstáculos históricos otras veces. Con todo esto don José Joaquín de Mora fue en todas partes por donde pasó, el Perú entre ellas, un incansable trabajador, un amigo de las luces, un hombre útil..."

Una nutrida bibliografía de manuscritos, diarios y periódicos, obras de Mora y obras consultadas acompañan esta obra valiosísima, así como los índices necesarios para facilitar su consulta.

EMILIA ROMERO DE VALLE

[Fallecida en Diciembre de 1968]